

***Dueños del agua. Balsas y balseros del Pacífico suramericano.* Por Antonio Jaramillo Arango. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2022. 142pp.**

Fruto de varios años de investigación para su tesis doctoral en la Universidad Nacional Autónoma de México, el libro de Antonio Jaramillo aborda un tema por demás interesante: el del empleo de la balsa en la parte norte del área andina, más precisamente en un ámbito que corresponde al norte peruano y al litoral ecuatoriano entre los siglos II a. C. y el final del periodo colonial.

El tema ha sido trabajado por algunos investigadores, entre ellos quien esto escribe y quienes se han interesado en el contacto marítimo entre el área andina y Mesoamérica, pero el trabajo de Jaramillo brinda una mirada más amplia, tanto en lo espacial como en lo temporal. Con una adecuada combinación de fuentes arqueológicas e históricas, el autor señala que las culturas que se desarrollaron en ese ámbito tuvieron una fuerte vinculación marítima, usando para ello la embarcación más compleja en el mundo americano—la balsa de palo propulsada por el viento y gobernada con un sistema similar al que hoy denominamos quilla variable.

El primer capítulo está dedicado a describir la tecnología náutica del Pacífico del norte sudamericano, exponiendo temas como la materia prima utilizada para construir las balsas de palos, sus diversos tamaños, formas de propulsión y las finalidades para las cuales fueron empleadas. Creo que su análisis es correcto, aunque me habría gustado un párrafo previo que dé una idea sobre la forma como los seres humanos, no solo en el área andina, sino en todo el planeta, se fueron relacionando con el medio acuático, pues al igual que otros procesos, en este se fue de lo simple a lo complejo. Vale decir, esa interacción debió iniciarse con la recolección de alimentos acuáticos, la pesca de orilla, el uso de artificios flotantes en aguas restringidas (lagos, ríos y, eventualmente, ensenadas) y el descubrir que uniendo dos o más de estos artificios obtenían una plataforma más adecuada para pescar tras la rompiente, usando inicialmente los brazos y piernas, y luego pértigas y remos para impulsarla.

Esta etapa debió ser alcanzada hacia el siglo III a. C., conforme señala Jaramillo en su segundo capítulo al mencionar una pequeña pieza de plata correspondiente al periodo Bahía, que se desarrolló en la costa manabita, mostrando una balsa con cuatro individuos y tres de ellos con remos. Pero entre dicho siglo y el 800 d. C., la balsa sufrió una transformación tecnológica significativa al incorporar la vela, según la interpretación que se hace de algunas evidencias arqueológicas provenientes de la costa lambayecana, en las que se aprecian escenas de recolección de *Spondylus*. Dado que ese bivalvo vive en aguas más cálidas, correspondientes a la costa tropical, concluye que para dicha época los pueblos de esta parte de la costa ya mantenían vínculos con los del árido litoral del sur empleando la balsa propulsada por el viento.

Si bien el autor cuestiona el planteamiento de María Rostworowski sobre el empleo de dicho tipo de embarcación por los Chíncha, propone explorar la posibilidad de que los pueblos norteños llegaran a esa zona de la costa central del área andina, como sugiere la cerámica moche encontrada en las islas Chíncha.

Al abordar el tema del posible contacto entre el área andina y Mesoamérica, que ha merecido varios trabajos, Jaramillo plantea que el único rasgo común entre ambas áreas fue el uso de hachas-moneda a partir del siglo XIII. Habría sido conveniente una breve discusión sobre la capacidad de las balsas para navegar con viento contrario, como las referencias históricas le reconocen, pues si lo hacían en la costa central andina, también habrían podido hacerlo en la costa centro y mesoamericana. Cabe recordar que, tanto en este periodo inicial como en épocas posteriores, lo más probable es que las balsas navegaran solo en horas diurnas, varando para evitar los peligros de hacerlo en la obscuridad.

En el capítulo 3 revisa el impacto social y cultural de la navegación con balsas en época precolombina, señalando el interés que tuvieron primero los chimú y luego los incas en controlar la costa tropical, presumiblemente para tener acceso directo al recurso *Spondylus*. Al arribo europeo a la zona, los incas habían logrado una cabeza de playa en dicha costa al conquistar Tumbes, desde donde pretendían hacer lo propio con los manteño-huancavilcas.

Pero más allá de eso, y de la interpretación que hace sobre las representaciones cosmológicas, destaca la presencia de once mujeres encontradas en un entierro en Huaca Loro, cuyo ADN mitocondrial las identifica como procedentes de la costa tropical, lo que evidencia la intensidad de la relación entre ambas áreas hacia el siglo XI.

Jaramillo toma con cautela la información de los cronistas sobre el viaje de Túpac Yupanqui, así como las leyendas de Nailamp y Tacainamo como fundadores de las culturas lambayeque y chimú, pero resalta que dichas leyendas refieren que ambos personajes arribaron a esas zonas en balsas, procedentes del norte. Finalmente, resulta interesante la referencia que hace sobre un relato oral recopilado a mediados del siglo XX en Oaxaca, México, que menciona nada menos que trece viajes desde el Cusco.

Con el arribo europeo a la Mar del Sur se produce una profunda transformación en el mundo andino. Muchos de los pueblos sujetos o amenazados por los incas ven en los recién llegados a potenciales aliados y los apoyan en su esfuerzo de conquista. Entre ellos hubo algunos de la costa tropical.

A tratar el tema del primer contacto europeo con la balsa a vela, durante la segunda expedición de Pizarro, Jaramillo explica de modo sucinto las diferentes in-

terpretaciones que hay en torno a la procedencia de la misma, tema que en ocasiones enfrenta a académicos peruanos y ecuatorianos. Al margen de dicho debate, la balsa era enorme, con velas latinas y carga llevada en una plataforma para que permanezca seca, entre ellas conchas coloradas (*Spondylus*). De sus veinte tripulantes, once se echaron al mar—lo que deja en claro que fue muy cerca de la costa—y otros tres aprendieron castellano y serían usados posteriormente como intérpretes. Estos provenían de un lugar que identificaron como Calangane, cuyos habitantes no tenían buenas relaciones con los de Puná. Por esto, al reiniciar su exploración hacia el sur, habiendo recogido a Pizarro, los españoles se dirigieron a Tumbes, donde encontraron cinco balsas con soldados que se disponían a salir para combatir a los de Puná. Resulta interesante la propuesta de Jaramillo sobre estos hechos, señalando que, de alguna manera, esta fase de la conquista respondía a los intereses de los americanos, que eran quienes conocían el terreno y las rivalidades locales.

El autor refuerza esta idea al referir cómo el gobernador inca de Tumbes había enviado balsas hacia el sur para informar sobre la presencia de los extranjeros, llevando a que fuesen bien recibidos en diversos puntos de la costa. Esto se dio particularmente en la zona de Paita, donde la señora del lugar, referida como la Capillana y conocida en la historiografía como la Capullana, salió a darles encuentro “con un gran séquito de cincuenta balsas” e invitó a Pizarro a visitar su pueblo.

Pero esto cambió en el tercer viaje de Pizarro luego del ataque al pueblo de Coaque, desde donde se esparció noticia a lo largo de la costa de las intenciones hostiles de quienes antes se habían comportado de manera amistosa. Esto es lo que habría llevado a Pizarro a dirigirse a Puná, donde fue bien recibido por Tomalá, el señor de la isla, aunque luego atacaran a los nativos al “descubrir” los intérpretes que estos tramaban una traición. La explicación de Jaramillo sobre estos hechos nos parece bastante acertada, pues tal como había sucedido en el viaje anterior, la aparente enemistad de los intérpretes con los puneños habría tenido un peso significativo.

Al pasar a Tumbes, los españoles fueron recibidos con aparente amistad, desembarcando en las balsas nativas, pero en la misma noche de su arribo los tumbesinos los atacaron. Con toda probabilidad, como señala Jaramillo, las razones de este cambio de actitud habrían sido las noticias de lo sucedido en Coaque, que, como ya se señalara, fueron rápidamente difundidas por vía marítima.

Si bien el encuentro inicial entre europeos y los pueblos marítimos de la costa tropical del área andina estuvo signado por la violencia, la relación entre aquellos y los de la parte árida fue más compleja, conllevando negociaciones en las que ambas partes resultaron gananciosas.

Durante los siglos siguientes, que Jaramillo aborda en su quinto capítulo, los pueblos balseros, tanto de la parte tropical como de la árida, mantuvieron e incluso

ampliaron sus redes comerciales, llegando a controlar algunos aspectos de la actividad marítima local e incluso proyectándose fuera de ella, como sucedió en los casos de Puná y San Lucas de Colán.

En el primero de estos casos refiere la importancia de la isla para el tráfico guayaquileño, aunque quizá las fuentes lo llevan a exagerarla, pues si bien el río Guayas, como muchos otros ríos, presenta dificultades para la navegación de embarcaciones de gran calado, estas no solo lograban surcarlo, sino que fueron muchas las que se construyeron en dicha ciudad. La existencia de un astillero local también debe ser tomada con cierto cuidado, pues la construcción de naves en la zona usualmente era llevada a cabo en lugares donde existía suficiente madera y mano de obra calificada, agrupada en las llamadas maestranzas. Esto es lo que ocurría en Guayaquil, aun cuando se construyeran algunas naves en Puná.

Pero al margen de estas consideraciones, Puná tuvo un papel importante para la economía guayaquileña y el relato que Jaramillo hace del papel desempeñado por los sucesivos caciques Tomalá demuestra que estos supieron sacar provecho no solo de esa situación, sino además de las diversas circunstancias por las que atravesó la etapa inicial de la conquista y la guerra civil que le siguió. Gracias a ello, mantuvieron una relativa independencia y obtuvieron privilegios por parte de la corona española.

Al abordar el caso de Colán, Jaramillo resalta la importancia que su cacique llegó a tener al proveer algunos recursos vitales para las naves que fondeaban en el cercano puerto de Paita y para su población. Ubicado cerca de la parte baja del valle del río Chira, Colán tenía acceso a agua dulce, cultivos y también a un salar, todo lo cual era transportado de manera regular, si no cotidianamente, en las balsas a vela. Esto le permitió a dicho cacique acumular una riqueza sustantiva, superior a la de su par de Puná, puesto que, por el régimen de vientos y corrientes, Paita era un punto de recalada forzosa para las naves que bajaban de Panamá al Callao.

Son varias las evidencias que aporta sobre esa actividad náutica, que habría de prolongarse hasta entrado el siglo XX. Pero una de ellas—la de Richard Madox—merece un breve comentario. Como bien señala, dicho marino inglés no estuvo en la costa peruana, pero en el diario que escribió sobre la expedición de Edward Fenton, en 1582, incluyó el dibujo de una balsa de palos con vela, señalando que era usada en el Perú para transportar vino. Dicho dibujo debió ser realizado sobre la base de descripciones de otros compañeros de navegación que participaron en la expedición de Francis Drake, pero creo que no puede vincularse directamente a una balsa paiteña pues este tipo de embarcación era usada en varios otros puntos de la árida costa norte peruana.

Como bien señala el autor, los señores de Puná y Colán supieron sacar ventaja del uso de las balsas, respondiendo de manera creativa a los retos que planteaba

el ordenamiento colonial. Aunque de forma breve pero acertada, cuestiona el que se considere que el éxito de ambos curacas pudiera deberse al abandono de su cultura y la adopción de la española. Este es un tema que, como varios otros planteados en el libro, merece mayor debate, pues finalmente la cultura es un proceso en permanente transformación.

Cierra el libro planteando la necesidad de un estudio que abarque lo que sucedió con las balsas en los siglos XIX y XX, dando algunos indicios sobre las fuentes que podrían emplearse para ello. Lanza el guante a la espera que alguien lo recoja y complemente su magnífico libro, cubriendo no solo los aspectos técnicos de las balsas sino también, quizá más importante, el impacto que su uso tuvo en las comunidades del litoral tropical y del norte peruano.

A la par de ser incitador, el libro de Jaramillo aporta nuevas luces sobre la balsa, pero, quizá más importante, sobre las sociedades que las emplearon y la forma como aprovecharon de ellas para insertarse en las nuevas realidades sociales y económicas por las que tuvieron que atravesar.

Jorge Ortiz Sotelo  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos